

ciones solemnes del poder, fué siempre una verdad en el terreno de la práctica.

“El Imperio mismo nada ha hecho al sancionar como uno de sus mas fundamentales principios de gobierno, la mas amplia tolerancia de todos los cultos. La inmigracion puede hoy en México haber roto la unidad del sentimiento religioso; pero aun no rompe la unidad civil y palpable de la religion nacional. No hay, ni puede haber otra, que la religion católica. Esta es de hecho, hasta ahora, no solo la religion del Estado, sino la religion nacional, es decir, la religion del pueblo.

“La inmigracion extranjera va á romper su unidad, haciendo una verdad práctica el principio de la tolerancia religiosa. Examinemos, pues, este peligro que amenaza á México, no bajo el aspecto de canónico, pues en este sentido está ya resuelta la cuestion que entraña, por la práctica y disciplina de la Iglesia, y no les es permitido á los hijos de ella discutir las santas decisiones del humilde sucesor de Pedro, que inclinan las cabezas cristianas cuando caen sobre ellas con todo el peso de una autoridad divina. La política puede oír en la voz del Santo Padre, la voz tan solo de los siglos y de la sabiduría: el sentimiento cristiano la recibe como el eco augusto de la voz divina.

“La grave cuestion de la tolerancia religiosa en México, solo podemos abordarla en un sentido, por decirlo así, profano. La unidad religiosa ha sido una de nuestras bases sociales. Este es el verdadero punto de partida para juzgar la tolerancia como un gran peligro, aun en un sentido exclusivamente político. En el punto de tolerancia, con respecto á México, la verdad católica y la verdad política, se hallan en perfecto acuerdo.

“Tambien en un sentido absoluto, el principio católico es una verdad social, filosófica y perfectamente comprobada por la historia. La unidad religiosa es la salud y la fuerza de los pueblos, y la tolerancia es tan solo el triste remedio de una desgracia lamentable. La unidad debe ser siempre la teoría, y la diversidad de religiones en un mismo pueblo es un mal gravísimo que debe todo gobierno, hasta donde le sea posible, evitarlo y conjurarlo. El poder está en el caso de seguir en este punto por motivos de buena política, la conducta que la Iglesia observa por santa inspiracion y por conciencia. La Iglesia no se debilita con vanas é imprudentes complacencias: su teoría es la unidad, la diversidad la evita, y cuando de hecho existe, la vé con compasion y la tolera, ó mas bien, la sufre con dolor.

“Es antigua para la Iglesia la cuestion de tolerancia. Una bella expresion de San Agustin la contiene toda y la resuelve por completo. “*Diligite homines et interficite errores.*” “Matad el error y amad á los que le padecen,” decia este filósofo cristiano y gran poeta de la Iglesia católica. Este debe ser tambien el pensamiento político. Mate el estado la diversidad de de sectas, y ame, sin embargo, á los sectarios lo mismo que á los ciudadanos. Procure con el mayor celo la unidad y sufra la tolerancia como una dolorosa necesidad. Es absurdo sancionarla como un principio saludable, cuando es en realidad la perturbacion de la teoría gubernativa, que por su propia naturaleza tiende á la unidad. Veáanse la naturaleza íntima, el últi-

mo fondo y la final intencion de cualquiera forma de gobierno, y se verá que en último término, gobernar, quiere decir unificar. La unificacion es la paz, y por consiguiente, la felicidad. Este es el último fin de todos los gobiernos.

“La de su unidad religiosa es la mas grave y trascendental pérdida que un pueblo puede sufrir. ¡Qué odios, qué turbaciones y qué sangre acarrear las divisiones religiosas! Recuérdense las de la Alemania y de la Francia. Las de esta costaron mas sangre tal vez, y mas dolores, que todas las guerras del imperio y que todas las catástrofes y hecatombes de la revolucion. Nada es comparable á la ceguedad y al frenesí de los odios religiosos. En una época, y no por cierto de las mas crueles, llegaron en Francia á contaminarse con él hasta sus mas bellos espíritus. Bossuet casi llegó á creer que era necesario exterminar á los herejes, ya que no era posible hacer morir sin ellos la herejía; y mas aun, Fenelon, el Platon del Cristianismo, el gran poeta humanitario, la dulzura misma, vió correr sin conmoverse la sangre de sus enemigos. El que tuvo tanto amor á los hombres se lo negó á sus adversarios. Creyó que su piedad no debía extenderse hasta los enemigos de su religion. ¿Cómo sembrar, pues, por teoría y deliberadamente, los gérmenes de tan terribles divisiones?

“La Inglaterra aun está recogiendo los amargos frutos de ellas. La Irlanda es no solo el aliado natural de todos sus enemigos, sino el mas encarnizado y terrible de ellos. No pueden ser hermanos en política, los que son adversarios en ideas y sentimientos, en religion y en esperanzas. Por todos lados tiende á separarse de la Inglaterra que la oprime en el sentimiento religioso, el mas delicado de todos los que abriga el corazon humano. Esta natural aspiracion á la libertad, este instinto de separacion nacido de la diversidad de religiones, es el que produce en el pueblo irlandés á cada paso, agitaciones tan peligrosas para la Inglaterra, y el que todos los años envia al parlamento inglés, facciosos sublimes como O'Connell.

“Para México, la diversidad de religiones es un mal mayor aún que para cualquier otro pueblo: su carácter, sus costumbres, su constitucion tradicional é íntima, y hasta su misma historia, la repugnan. El sentimiento religioso es para él una condicion indispensable de su existencia. Suprimase y no se comprenderá el vireinato, la independencia, ni menos la integridad moral de la nacion mexicana bajo la república. Eliminado el sentimiento religioso, son mudas las mas hermosas páginas de nuestra historia, y se pierde uno de los mas bellos y atractivos rasgos de nuestro carácter nacional.

“Sin la luz de la fé y el calor de la piedad católica, pierden su poesia nuestras costumbres privadas, y en el hogar doméstico, en este amoroso santuario de los sentimientos de familia, no quedan mas que frialdad y sombras. La base de la familia mexicana es el catolicismo. De tal manera se enlaza este con los mas solemnes actos de ella, que solo al fuego de la idea cristiana puede comprenderse su existencia. El catolicismo es en nuestras costumbres el primer recuerdo de la infancia y la última esperanza de la vida. Es el alma de nuestra existencia íntima y de todos los grandes actos de nuestra

vida privada. Nadie cree suya la mujer querida, mientras no la recibe al pié del altar y de manos del ministro católico, que en nombre de Dios y con su santa bendición la entrega al amante, para que sea mas que suya todavía, una parte de él, una sola alma y su mismo cuerpo. ¿Quién cree tener un hijo mientras no lo hace de Dios tambien, lavándole de la mancha primitiva en las aguas límpidas de la fuente cristalina? ¿Quién no se ha despedido para siempre de un padre tan amante como amado, murmurando en la hora suprema de la última despedida las tiernas oraciones de la Iglesia, que parecen formadas por Ella para gemir con nosotros en los dias de nuestras grandes tribulaciones? ¿Qué mexicano no pronuncia á gritos, ó murmura en silencio, cuando le llegan sus horas de emocion ó de peligro, las suaves oraciones católicas que allá en su infancia le enseñó su madre?

“Ni la impiedad, ni la indiferencia, son vicios de nuestra raza. Las de la fé y de la piedad son las cuerdas mas sonoras del corazon de nuestro pueblo. ¿Cómo ha de ser, pues, conveniente ni político romperlas en nombre de la civilizacion? Desgarrarlas en nombre del progreso material seria tan absurdo, como intentar que un hombre cambiase su fé y sus sentimientos piadosos por un puñado de monedas. La unidad religiosa, por otra parte, y la inmigracion extranjera, no son absolutamente incompatibles. Es cierto que el conflicto amenaza, pero tambien lo es que puede conjurarse.

“Para guardarle a México la unidad religiosa, base de nuestra existencia política y de nuestra felicidad privada, debe el poder de la nacion en todo tiempo, revestirse de la energía misma que la fé despliega para defender su integridad: una vez perdida sin su culpa, debe tener para con los sectarios, la misma dulzura que la fé tiene para amar y convencer á los que yerran.

“Hé aquí el camino que debe seguirse en la grave cuestion de tolerancia religiosa, provocada por la inmigracion extranjera con el carácter, ya, de una cuestion práctica. Hé aquí lo que dictan con respecto á ella, el sentimiento religioso y la sabiduria política.

“Lo mismo, con poca diferencia, pasó en la Alta California. Lo mismo tratan ahora de hacer los americanos con la Baja. ¡Ojalá y la raza francesa, tan naturalmente valerosa, ó la española tan leal y tan noblemente testaruda, quisieran hoy, por medio de colonias bien establecidas y profundamente adictas á México, su nueva patria, encargarse de fijar el límite humano que debiera separarnos para siempre del pueblo americano. Este, este seria el mas grandioso objeto de la inmigracion que esperamos.”

Quien lea con atencion las reflexiones que preceden, encontrará demostrado en todo el rigor de esta palabra, que es indispensable exigir absolutamente la condicion del catolicismo en la inmigracion que se promueve. El Sr. Cuevas ha raciocinado con solidez y claridad, haciendo patente la necesidad absoluta de conservar en México la unidad religiosa: solo habriamos deseado, hablamos con la franqueza que nos caracteriza, que al deducir la consecuencia práctica hubiera sido mas preciso y explicito, aprovechando en la conclusion todas las ventajas que sus razonamientos le habian puesto en las manos. Es bien sabido que el discurso mas sólido, mas patético, mas conmovedor, queda desvirtuado y privado de sus buenos resultados si no se de-

ducen sus consecuencias rigurosamente lógicas con la misma solidez y energía que lo han caracterizado: entonces el razonador se asemeja á un ejército que teniendo ya en sus manos una espléndida victoria, se retirará voluntariamente dejando el campo á su adversario.

Dice el Sr. Cuevas que para “guardar la unidad religiosa, debe el poder de la nacion en todo tiempo, revestirse de la energía misma que la fé despliega para defender su integridad; pero que una vez perdida aquella unidad sin su culpa, debe tener para con los sectarios, la misma dulzura que la fé tiene para amar y convencer á los que yerran.” Podiéramos contentarnos con esta consecuencia general si nos halláramos en otras circunstancias, si no se tratara de una cuestion de hecho, si no estuviéramos expuestos á ser mal entendidos por los liberales y desgraciadamente tambien por varios conservadores que tan fácilmente cejan en los principios que siempre habian defendido como sagrados, y si no fuera seguro que los unos y los otros han de aprovechar cualquiera falta de precision que encuentren en nuestras palabras, para autorizarse en la promocion ó en la transaccion con la ruptura de la unidad religiosa del país. Hoy es necesario que por medio de consecuencias claras, precisas y netamente aplicadas á la cuestion práctica, se haga que las razones obren con toda su irresistible fuerza en todos los espíritus, y obliguen á confesar que si no queremos destruir á la patria, es necesario rechazar muy lejos de sus playas á los herejes.

Quisiéramos que se hubiera explicado cuál es el modo práctico con que hoy, en nuestras circunstancias, debe ejercerse la energía del poder para conservar la unidad religiosa del país; el cual, deduciendo las consecuencias lógicas de los raciocinios que se han hecho, ni es, ni puede ser otro que el de llamar puros católicos para sistemar la inmigracion. Quisiéramos que ya que se habla de la dulzura para convencer á los herejes, se dijera tambien lo que es evidentemente innegable, que estos herejes no quieren venir, á lo menos, en grandes masas que puedan establecer sectas, sino en fuerza del llamamiento que se les haga; y que si no los llamamos, el caso de que los tengamos establecidos de esa manera, está en el orden de las puras posibilidades y tiene en su contra mil probabilidades, por no decir seguridades morales; y por consiguiente, de ninguna manera debe ser considerado en una discusion práctica y de actualidad. Quisiéramos tambien, que ya que se citó la sentencia de San Agustín: “Amad á los hombres y exterminad los errores;” y en virtud de ella se aconseja al Estado “el amor á los sectarios, lo mismo que á los otros ciudadanos;” al mismo tiempo que se ocupe en *matar las sectas*; quisiéramos, decimos, que se hubiera explicado con alguna amplitud el carácter del amor de que habla el Santo Padre, y se hubiera hecho ver que de ninguna manera nos autoriza para buscar á los sectarios y establecerlos entre nosotros. Debemos amar al hombre que yerra y matar al error, así como debemos amar al hombre vicioso y matar los vicios. Debemos amar al ladrón y matar al robo; y sin embargo, nadie introducirá los ladrones á su casa: debemos amar al hombre ebrio y matar la embriaguez; sin embargo, ningun padre de familia honrado abrirá á tales hombres las puertas de su casa, etc. Pues de la misma manera, debemos amar á los he-

rejes y matar las herejías; pero mientras no queramos faltar á lo que nos exigen de comun acuerdo la Religión y de la política, á los sagrados deberes que tenemos para con la Iglesia, para con la patria, para con nuestras almas y la de nuestros hermanos, no debemos traer á unos hombres cuya mala doctrina cundirá como el cáncer, segun la expresion del Apóstol, y cuya venida será la disolucion de hecho de todos los vínculos sociales. En nuestros tiempos si no hablamos con esta claridad, ó no se nos entiende, ó se entiende todo lo contrario de lo que queremos decir.

Séanos ahora permitido hacer la aplicacion práctica y determinada de los racionios del Sr. Cuevas á la cuestion de la inmigracion: la inmigracion protestante es la ruina del país. ¿Por qué? Porque la unidad religiosa es la única que ha restado á México cuando sus convulsiones políticas han roto ya todos los vínculos mas fuertes, incluido aun el de la sangre; y por consiguiente, despedazado el lazo religioso por la inmigracion de protestantes, puede asegurarse que habrá desaparecido del todo la unidad del pueblo mexicano.

Aun en un sentido absoluto: "el principio católico es una verdad social, filosófica y perfectamente comprobada por la historia;" luego la venida de los protestantes amagará directamente á la sociedad. "La unidad religiosa es la salud y la fuerza de los pueblos;" luego el establecimiento de las sectas en México, rompiendo nuestra unidad religiosa, es la destruccion de nuestras fuerzas y el aniquilamiento de nuestras esperanzas de salvacion. "La tolerancia es tan solo el triste remedio de una desgracia lamentable;" ¿quien pues que se encuentre en su sano juicio, procurará esa *desgracia lamentable* para tolerarla, cuando afortunadamente carece de ella? "La diversidad de religiones en un mismo pueblo es un mal gravísimo;" y nosotros que carecemos de él, ¿nos lo habremos de procurar? "La tolerancia se sufre como una dolorosa necesidad: es absurdo sancionarla como un principio saludable, cuando es en realidad la perturbacion de la teoría gubernativa, que por su propia naturaleza tiende á la unidad: véanse la naturaleza íntima, el último fondo y la final intencion de cualquiera forma de gobierno, y se verá que en último término, gobernar quiere decir unificar: la unificacion es la paz, y por consiguiente la felicidad." Luego la inmigracion de sectarios ataca fundamentalmente la teoría gubernativa, se opone á su naturaleza íntima, á su fin último, que es la *unificacion*, supuesto que ella no es otra cosa sino la diversidad: hace tambien imposible la paz y la felicidad que tienen por primer apoyo la unidad que desaparecerá con la venida de las sectas.

¿Y qué odios, que turbulencias, qué sangre acarrearán á México las divisiones religiosas, que introducirá la venida de los sectarios! ¡Oh! tan funesta venida no hará otra cosa sino agregar odios á odios y discordias á discordias cuando nuestro pobre pueblo haya sufrido *la pérdida mas grave y trascendental, la de su unidad religiosa!* Las guerras que provocaron los protestantes en Alemania; las que causaron en Francia y que costaron tal vez a esta nacion mas sangre y mas dolores que todas las guerras del imperio y todas las catástrofes de la revolucion; la última guerra de los Estados-Unidos, verdaderamente formidable y exacerbada hasta el extremo por la falta de sen-

timientos de caridad en una nacion de protestantes, son las imágenes de los trastornos que deberá sufrir nuestra patria por el choque inevitable de la diversidad de religiones. ¿Tan triste legado dejaremos á nuestra posteridad....? Hasta hoy los hombres de los diversos bandos políticos se habian reunido bajo las bóvedas de un solo templo; y ahí se habian reconocido como hermanos, habian oido una sola voz que hablaba á su conciencia y era la dulce voz del Evangelio; y la influencia saludable de una Religión que es toda de amor, habia suavizado nuestras contiendas y calmado en gran parte el furor de las pasiones políticas; pero viniendo los protestantes las cosas serán de otra manera: entonces, ya la mentira tendrá sus templos y el torpe materialismo matará todos los nobles sentimientos del corazón; nada mas natural por lo mismo, que el que se observen en las futuras disensiones de México los rasgos de infernal furor que hemos visto en la guerra de los Estados-Unidos.

Admitidos los inmigrados protestantes, tendremos amagado ese bello sentimiento religioso que es para nuestro país una *condicion indispensable de existencia*; sin el cual no se concibe ni la independencia, ni la integridad moral de la nacion mexicana, y que una vez eliminado, quedan mudas las mas hermosas páginas de nuestra historia y perdidos los mas bellos y atractivos rasgos de nuestro carácter nacional. Entonces, cuando hayan venido los inmigrados protestantes, tendremos millares de familias que se llamarán mexicanas, en cuyas domésticas costumbres la frialdad y las sombras habrán sustituido á la poesía sublime de las costumbres domésticas del actual pueblo mexicano. Entonces, millones de los que se llamarán mexicanos no recibirán ya su esposa querida al pié de los altares; y el hijo verá espirar á los autores de sus días, y los padres á sus hijos, y el esposo á su consorte, ó bien en la fria estupidez de la herejía, ó en la desgarradora desesperacion de la impiedad; y sus restos no irán á descansar á la sombra de la Religión en un lugar santificado donde duerman en paz con la esperanza de la resurreccion, sino que serán llevados á un *campo mortuario* donde recibirán tal vez algun profano recuerdo. "Ni la impiedad ni la indiferencia han sido los vicios de nuestra raza;" pero ellas serán el patrimonio de una parte considerable de la nueva sociedad que formen en México los sectarios que atraiga el amor del oro; porque la impiedad y la indiferencia son la resolucion última del protestantismo. "Las de la fé y de la piedad son las cuerdas mas sonoras del corazón de nuestro pueblo." Pero ¡ah! no podrá decirse lo mismo cuando gran parte de este pueblo sea compuesta de protestantes!

¿Cómo pues será posible que al tratarse de inmigracion no se exija absolutamente la condicion del catolicismo de los que hayan de venir? ¿No tenemos patente con la última evidencia que franquear las puertas al protestantismo es despedazar los últimos vínculos de nuestra sociedad, abrir un abismo entre nuestro pasado y nuestro porvenir, acabar con todo lo mas bello é interesante que han conservado nuestro carácter y costumbres, y destruir de un golpe todas las esperanzas de felicidad? ¡Ojalá que todos se convencieran de esta verdad! Trátase de un hecho de la mayor trascendencia, del mas fausto ó del mas lamentable que tal vez haya de tener lugar en la historia mexicana, de conservar ó de perder la unidad religiosa. ¿Quién dejará de

interesarse? ¿Quién rehusará por su parte la cooperacion grande ó pequeña con que le sea posible coadyuvar para salir con felicidad de una cuestion tan peligrosa? Nosotros, entre tanto, deseamos salvar nuestra responsabilidad; y por esta razon hemos insistido tantas veces en pedir las condiciones antes dichas en el proyecto de inmigracion, y sobre todo, la de la conservacion de nuestra unidad religiosa. Aun cuando fueran ciertas todas las ventajas materiales que se nos prometen con la venida de los sectarios, diriamos con el Sr. Cuevas que no cambiamos la fé y los sentimientos religiosos por un puñado de monedas: ¿qué dirémos pues cuando aun los enemigos del catolicismo confiesan que hace nuestra felicidad eterna y nuestra dicha temporal?

PALABRAS DE S. S. PIO IX.

“En la reunion del Sacro Colegio con motivo del aniversario de la eleccion de Pio IX [17 de Junio] dijo Su Santidad:

“Con la mas viva satisfaccion y un sentimiento de íntimo consuelo, acepto los testimonios que me son tan afectuosamente espresados por el Sacro Colegio, y que yo mismo leo en vuestros corazones. Si, como lo habeis dicho, tenemos puesta nuestra confianza en el Señor en medio de esta tremenda prueba. Un puñado de hombres que por muchas razones deberian ser los mas adictos á esta Santa Sede apostólica, viola y ultraja sus derechos del modo mas criminal, martiriza á los ministros del Santuario á quienes debiera proteger, espulsa á estos venerables obispos (designando á los que le rodeaban) apresada á sacerdotes y legos solamente por su adhesion á la cátedra del Principe de los apóstoles, multiplica las espoliaciones de las Iglesias y de los establecimientos píos, suprime las órdenes religiosas, entre las cuales algunas quizás no se hallaban á cubierto de todo reproche, pero que en masa son el ornamento, la hermosura, la fortaleza de la Iglesia rodeada de su benéfica y esplendorosa variedad como con una corona. Tales hombres acumulan sobre su cabeza los rayos de la cólera divina y los anatemas de la Iglesia.

“Estos anatemas yo los renuevo aquí solemnemente. ¿Debemos invocar contra estos hombres el castigo impuesto por Pedro á Ananias y Safira, que eran incomparablemente menos culpables que ellos? No: oremos mas bien, á fin de que Dios les inspire los sentimientos de que estuvo penetrado el Buen Ladrón al morir á su lado, y que mereció oír estas palabras: *Mecum eris*. Si, roguemos por ellos, y esperemos que despues que se hayan arrepentido y hayan expiado tantas injusticias é iniquidades, oirán tambien un dia una voz que les diga: *Mecum eritis*. Sin embargo, hasta que llegue ese dia, tenemos que cumplir otro deber, el de resistir enérgicamente á su voluntad impia. Cuando ordenan injusticias, nuestra respuesta debe ser la de los apóstoles: *Oportet nos obedire magis Deo quam hominibus*.

“La voluntad criminal de los hombres no debe prevalecer jamas contra la de Dios, como quisieran insinuarlo perniciosamente los que son responsables en parte de las calamidades actuales, y que mezclando el error á la ver-

dad, y atenuando la antigua é indestructible sentencia, se imaginan ocumentemente poder de ese modo vencer y subyugar los corazones. El mundo no puede ser vencido y dominado sino con una firme confianza en Dios, con el cumplimiento de su ley y la oracion continua y ferviente. Ella es la que os obtendrá esa bendicion que invoco para el Sacro Colegio, para el Episcopado, para los prelados, para el clero, para el pueblo y sus representantes; ella será su salvacion, pues solo Dios es quien ha de salvarnos: *Domini est salus, et super populum tuum benedictio tua*.

LIBROS PROHIBIDOS.

“La Congregacion del Index ha condenado las siguientes obras: *La Vida de Jesucristo* por Cuniberto; *Los Apóstoles* por Renan; *El Catolicismo romano en Rusia*, por Tolstoy; *La pluralidad de las existencias del alma*, por Pezzani; *La Biblia de la humanidad*, por Michelet.”

PODER

TEMPORAL DE LOS PAPAS.

(TRADUCIDO.)

Eugenio en su destierro no estaba menos ocupado de los intereses generales de la Iglesia, Pio IX está todo entero ocupado de esta obra á pesar de sus dolores. “Nosotros quisiéramos llevar este paralelo hasta su fin, pues que una legitima indignacion nos ha dictado palabras tan severas contra los violadores de una magestad tan grande, seriamos muy venturosos de haber podido contar con anticipacion su próximo arrepentimiento.” Sucedió pues, dice el historiador, que por la grande misericordia de Dios, un grande gozo se manifestó en toda la ciudad á la noticia de la vuelta inesperada del Pontífice. Una multitud innumerable corrió delante de Él con ramos verdes en las manos, se prosternaba á su paso, ó besaba sus vestigios, ó aun le cubría con sus abrazos. Las banderas flotaban en todas partes: los oficiales, los jueces se adelantaban á esta multitud. Los judíos no faltaban en esta fiesta llevando sobre sus espaldas la Ley de Moises. Los romanos, semejantes á un coro armonioso cantaban estas palabras: *¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!* Así fue como en medio de las efusiones de todo un pueblo el Pontífice subió hasta el palacio de Letran. (1) Esto era cerca de la Noche-Buena y Eugenio pudo celebrar la festividad. (2)

(1) Otto Tressing.

(2) Mr. Bertreat, obispo de Tulle.—Carta pastoral.

Así fué tambien que Pio IX despues de un año de destierro, escoltado por un ejército frances, volvió á entrar en Roma con los aplausos de todo el mundo.

Un digno obispo, cuya voz es tan amable á los católicos de Francia, se ha levantado por el espacio de veinte años en todas las circunstancias que interesan á los derechos y á la gloria de la Iglesia, sacará las últimas lecciones de este suceso preparado y consumado, dice, no por la fé, como en otro tiempo las cruzadas, sino verdaderamente por la política, calculando á su modo y buscando sus propios intereses; porque en efecto, Dios ha querido que la política misma rindá homenaje á esta autoridad exterior de la Iglesia que ella misma habia desconocido.

La política, pues, habia pretendido que ella gobernaría bien, ó aun mas que ella gobernaría mejor al mundo sin la religion, y sucedió que á medida que el mundo se encontraba privado de la religion, no era ya gobernable. Ella, la política, habia dicho mas, que la Iglesia nada tenía que ver en los intereses temporales de los pueblos, y ved aquí que los mismos intereses temporales, se encontraron como personificados en este Gefe temporal de la Iglesia: todos miraban en él la mas alta representacion del orden y de la autoridad, las dos mas grandes condiciones de la vida de los pueblos, las mas esenciales siempre, y hoy dia las mas amenazadas.

En fin, bajo el pretexto de impedir que hubiera, como ellos decían, un estado en el estado, los politicos no admitian otra sociedad organizada, libre y completa, mas que la sociedad civil; y he aquí que todas estas sociedades materiales balanceaban espantadas y se undían dentro de sí mismas, mientras que la sociedad cristiana, desprendida poco á poco de sus trabas, en medio de los poderes públicos debilitados, volvía á aparecer con su disciplina, su sacerdocio, su unidad; con sus tribunales, sus concilios, sus órdenes religiosas, y se sostenía sola en pié, llena de juventud, de fuerza y de porvenir.

(Continuará.)

A los hermanos de las monjas Capuchinas.

El 11 del corriente ha fallecido la R. M. Sor María Teresa Josefa, religiosa capuchina de esta ciudad. Y deseando evitarle á la M. R. M. Abadesa el improbo trabajo de comunicarlo por medio de cartas, segun costumbre, á las personas con quienes la comunidad tiene celebrada hermandad espiritual, que pasan de seiscientas, lo ponemos en su conocimiento, á fin de que se sirvan hacer por el alma de esta religiosa todo aquello á que en virtud de dicha hermandad se han obligado.



EL OPUSCULO DEL SR. D. J. DE J. CUEVAS,

INTITULADO:

LA INMIGRACION EN MÉXICO.

ARTÍCULO II.

En nuestro número anterior, hablando de las ventajas que el Sr. Cuevas encuentra en la inmigracion, manifestamos desde luego nuestro desacuerdo respecto de su modo de pensar sobre algunas de ellas, reservándonos sin embargo, el hablar mas ampliamente de esta materia para cuando el opúsculo llegará á nuestras manos y viéramos el modo con que fundaba y explicaba sus aserciones, pues solo habiamos visto el resumen que hacia de las ventajas y peligros de la inmigracion. Aun no tenemos el opúsculo; sin embargo, en el número de la Sociedad correspondiente al 11 del presente mes, leímos una parte considerable de él en que se trata de los adelantos que harán en México las ciencias y las artes por medio de la inmigracion. Ya habiamos dicho que esta era una de las ventajas que encontraba el Sr. Cuevas en la inmigracion extranjería, la cual iba á dar á esos adelantos un impulso violento; tambien habiamos declarado no hallarnos muy de acuerdo con su modo de pensar sobre este punto; hoy que lo hemos visto desarrollado, nos hallamos en estado de rectificar nuestro juicio: decimos pues que hemos notado con sentimiento que el Sr. Cuevas se complace solo en las grandes ventajas para nuestra literatura que tendrian lugar en suposiciones abstractas

BIBLIOTECA FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

II ANI